

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sigue Cervantes (y seguirá hasta el 23 de abril, y algo después, probablemente), siendo la actualidad. No hay, pues, que admirarse si cuanto a este tema se refiere despierta interés hasta el límite en que aquí las cosas lo despiertan, cuando son ajenas a la política. Se están publicando numerosas obras y opúsculos referentes al Manco, y entre los dignos de atención debo señalar *Las meditaciones del Quijote*, de Ortega Gasset, el nutrido libro de Aurelio Baig Bano, sobre el *Falso Quijote*, y el notable folleto de Julio Puyol, *El supuesto retrato de Cervantes*.

Sin renunciar a decir algo de los otros, concedo a este último la primacía.

Su asunto es picante y curioso, y además ha venido a confirmar una sospecha que ha tiempo me asaltó, puramente por instinto, sin base alguna. ¿No os ha sucedido, a vosotros que me leéis, nada semejante? ¿No habéis sentido el roce de una duda que no podéis fundar, contra la cual os rebeláis y protestáis interiormente, y que, sin embargo, vuelve, insidiosa, capciosa, y no os deja vivir hasta que la apuráis por completo y os convencéis de su vanidad o de su realidad?

Esto me ocurrió con el retrato atribuido a D. Juan de Jáuregui, que dicen representa a Miguel de Cervantes Saavedra, y figura en el puesto de honor en el salón de sesiones de la Academia Española, presidiendo en nombre de la Lengua y la Literatura en ambos mundos.

Sabía yo que tal retrato, muy diferente de como acostumbábamos a figurarnos el rostro de Cervantes, había sido encontrado recientemente, y, bajo el patrocinio de D. Alejandro Pidal, adoptado y saludado como portentoso descubrimiento. Siendo el entonces presidente de la Academia persona afionadísima a antigüedades, comprador incesante de ellas, amigo de personas inteligentes en el mismo ramo, al parecer no cabía engaño en asunto que él tomaba de su cuenta. Y siendo yo meramente una aficionada sin autoridad, no me asistía ningún derecho para formular la imprecisa inquietud que sentía ante el retrato y su aparición maravillosa, según la frase que corría entre académicos.

Un día tras otro, no obstante, fué dando cuerpo a mis recelos el rumor que cundía contra la autenticidad del retrato.

Se oían cosas increíbles, fuertes, y que, por lo tanto, no he de consignar. Ni aun me hubiese atrevido a llevar la cuestión de propósito a la letra de molde, si el folleto de Puyol no me diese el resumen de todo lo que venía germinando en mi espíritu. Lo que yo no tengo calidad para proclamar, puesto que no hice un detenido estudio del caso, lo expresa Puyol con copia de documentos y observaciones. Y lo anuncia ya en la cubierta del folleto, donde figura como subtítulo *«Sospechas de falsedad que sugiere el (retrato) atribuido a Jáuregui, propiedad de la Real Academia Española.»*

Al analizar el hallazgo de la Academia, Puyol sigue el método de catalogar datos y hechos citándolos, con prudente reserva, a pedir luz, a rogar que se haga lo que no se hizo: un examen técnico detenido, suficiente para disipar las sombras que rodean cuanto se refiere a la misteriosa pintura.

El retrato en cuestión fué denunciado al Sr. Sentenach, académico, en la Exposición de Bellas Artes, por un señor para él desconocido, D. José Albiol.

Era este señor Profesor de la Escuela de Artes y Oficios, en Oviedo, y antes se había dedicado a restaurar cuadros antiguos en Madrid: detalle que merece mencionarse. Entre sus cuadros poseía uno, muy sucio, que limpió, y en el cual, sigue hablando el Sr. Albiol, aparecieron dos letreros: uno que dice *D. Miguel de Cervantes Saavedra*, y otro que reza *Juan de Jáuregui pinxit, año 1600*.

Debe advertirse que, por un pasaje del Prólogo de las *Novelas ejemplares* se creía que hubiese existido un retrato de Cervantes, obra de D. Juan de Jáuregui, y venían dándolo por seguro varios eruditos y cervantistas. Observa Puyol que el pasaje, sin embargo, no afirma la existencia del retrato, sino solamente que D. Juan de Jáuregui pudiera hacerlo, y que con ello colmaría Cervantes su ambición. De suerte que, desde el primer paso en tan enredada historia, tropezamos con la inexactitud y vaguedad de las noticias en que descansa el tinglado del hallazgo.

Ello es que el Sr. Sentenach participó al Sr. Rodríguez Marín la nueva, y éste al Sr. Pidal y otros notables de la corporación. Acordóse inmediatamente que el retrato pasase a ser propiedad absoluta de la Academia, «dejando para después el estudio de su histórica identidad». En el relato de las gestiones y preliminares para lograr este objeto, ha descubierto el Sr. Puyol numerosas contradicciones y faltas de coordinación en las fechas. En resumen, el señor Albiol, al principio, andaba, dicese, reacio en desprenderse de la joya, desdeñoso de las ofertas en dinero, y, por último, haciendo la proposición, que el Sr. Puyol califica graciosamente de «casi mítica» de negarse a aceptar ninguna clase de precio ni compensación pecuniaria, y regalando la pintura, a condición de que acabase de salir a oposición una cátedra cuyo expediente estaba «enredado en los tradicionales balduques del expediente oficial».

Continúa la serie. No había tal expediente dormido, ni aun tal cátedra, pues no estaba ni creada ni dotada; pero lo cierto fué que a fines de 1910, se aumentó la plantilla del personal docente, y se creó una plaza más de profesor de término, sin determinar la aplicación que a la misma había de darse, no acordándose esto hasta medio año después. Fué nombrado entonces interino D. José Albiol; sacóse rápidamente a oposición, y la ganó el mismo. Puyol no duda de que la ganó en justicia, pero ello fué que no se trató, como dijera Pidal, de despertar un expediente, sino de crear una cátedra.

A las contradictorias alegaciones de los que propugnaron la autenticidad de la tabla, siguen las dificultades graves que se encuentran para suponer que Jáuregui hizo en efecto un retrato del autor del *Quijote*. Concordando fechas, tendría Jáuregui, en 1600, quince años de edad. Precocidad inverosímil.

Además, en la tabla de la Academia, Cervantes aparece con tratamiento de *don*, que no tenía, y sin él Jáuregui, que lo tenía de seguro; rodea el semblante del Manco una lechuguilla escarolada, que no usaría probablemente, porque no se avenía con su condición social, y se observan repintes y retoques.

Las incertidumbres crecen al notar tantas contingencias de error como se reúnen en torno de esta pintura enigmática. Las inscripciones pueden ser del XVII, pero también pueden haber sido agregadas, o en el XVIII, época de diestras falsificaciones, o en nuestros días. Todo cabe en la suposición, ya que no ha llegado a ser examinada debidamente la pintura. El joven D. Aureliano de Beruete y Moret, digno hijo de tal padre, aunque no pudo ver como es debido el cuadro, cree que las inscripciones están, por lo menos, muy retocadas. Respecto a la faz de Cervantes en este retrato, diré que la impresión de antipatía que produce, es singular, por facciones que con razón califica el Sr. Barcia de monstruosas. Si el retrato poseyese indiscutible autenticidad, tendríamos que resignarnos a que fuese así el gran novelador; pero pudiendo abrigar la esperanza de que resulte falso, después de bien revisado el pleito, hay que decir que el Cervantes de Oviedo tiene una muy repulsiva fisonomía; es un Cervantes asaz distinto de como nos lo imaginamos, hasta por el autorretrato escrito que nos legó, y que es el único no tildado de apócrifo.

Esta mala gracia del retrato que se entroniza en la Academia, fué quizás el primer origen de mi recelo. ¿Habría sido así Cervantes? No puedo negar que ha influido en mí tal impresión de desagrado. Pero, lo repito: si se demuestra que el retrato es legítimo, de legítimo matrimonio del Arte con la Verdad, habría que tener paciencia, y sufrir al vestigio. Y por eso, para saber si al cabo Cervantes tuvo o no tal geta, estoy deseando que los expertos den su opinión. Puyol observa que, por ahora, no se sabe el nombre de ningún experto que haya reconocido el cuadro. Cita la opinión del hispanista Fouché Delbosc, que asegura haber sido repintada la región frontal, para aumentar las dimensiones de la frente, de la cual nos dejó dicho el propio Cervantes que era «lisa y desembarazada». Y añado yo que se le fué la mano al repintador, porque la frente es una verdadera anomalía.

Todo es misterio, todo es problema en este retra-

to. D. Ramón León Mainez, cervantista respetabilísimo, pidió al Sr. Albiol datos precisos acerca de cómo había adquirido la tabla (datos que no pidió la Academia, aun cuando parecía tan natural); y la respuesta fué poco satisfactoria, pues se limitó el señor Albiol a decir que la había adquirido hacia seis años, que su anterior propietario la poseía hacia más de cuarenta y cinco, y que él la había limpiado hacia uno, apareciendo entonces las inscripciones. Y no más noticias, ni el nombre del antiguo dueño, ni el punto donde fué comprada.

Otra circunstancia extraña se suma a las restantes. Siendo Presidente del Consejo de Ministros don José Canalejas, en octubre de 1911, encargó al académico y erudito Pérez de Guzmán la redacción de una Memoria ilustrada, acerca de los retratos de Cervantes. Puso manos a la obra este señor, acopió datos, juntó fotografías, autógrafos, medallas; en fin, se pertrechó como correspondía a su condición de investigador concienzudo, y, ya preparado, escribió un libro en toda regla. La conclusión del libro fué, terminantemente, «que no existe ningún retrato auténtico de Cervantes, y que, por tanto, el atribuido a Jáuregui es tan apócrifo y fabuloso como lo son todos los demás». Y empezó a imprimir su informe; y al llegar a la página 119, he aquí que suspendió la impresión y suspendida sigue. Puyol añade que, al preguntarle a Pérez de Guzmán la razón, contestóle éste: «Interrumpí la publicación, por los tremendos disgustos que me dieron.»

Sin poderlo remediar, recordamos una novela de Alfonso Daudet, *L'Immortel*, basada en cierta superchería que logra engañar a la Academia francesa en pleno, empezando por el Secretario perpetuo, haciendo aceptar por verdaderas y con entusiasmo, cartas históricas completamente forjadas por un moderno falsificador. Y como hay que ser imparcial, diré que casos semejantes en la realidad no faltan. Ahí está la tiara de Saitafarnés, falsificada en Odessa, sin mucho recato, y que se coló en el Louvre, y allí pasó por verdadera bastante tiempo. La cosa es tanto más rara, cuanto que algunos profanos que entonces concurríamos al Museo, rumoreábamos la falsificación. Yo exclamé un día, ante la cristalera: «No entiendo, no sé decir la razón; pero la tiara me parece moderna, aunque admirablemente cincelada y trabajada.» Y en efecto, de allí a poco fué oficial la noticia del chasco. Otro parecido dieron, habilitadamente, al British Museum, si no recuerdo mal. Propusieron unas tiras de cuero, calificadas de antiquísimas, en las cuales, en viejos caracteres hebraicos, se contenía el manuscrito del *Deuteronomio*. Para mejor imitar la antigüedad, el cuero había sido macerado en diversas substancias, sometido a la acción de la humedad, etc. Con el afán que en Inglaterra se tiene por lo bíblico, el Museo soltó una porrada de dinero por los rollos; considerable número de libras, que entonces no estaban a la par. Y por dónde, sometido a más prolijo examen el rollo, pudo verse en él, al microscopio, la huella de la marca del cortidor moderno, casi borrada, pero todavía delatadora...

No tendría nada de pasmoso que la Academia española hubiese sido víctima de un engaño. *Errare humanum est*, que dijo el otro. Tiene además esto del cervantismo y de las cosas cervantescas el don de causar una especie de fiebre que nubla la razón por momentos. Siendo Cervantes un entendimiento tan privilegiado, y su libro tan extraordinaria escuela de cordura iluminada por el genio, no acierto a descifrar en qué consiste que la admiración hacia Cervantes no ponga más sal en la mollera, sino que parezca originar desvarío. He conocido muchísimos maniáticos cervantistas, algunos graciosos e ingeniosos; pero, en general, cerrados al resto de la cultura humana, por la frecuentación del trato de D. Quijote, visto sólo por una esquina.

Puede haber un momento en que esta fiebre del cervantismo obre como un contagio, y trastorne a muchas personas a la vez. Por eso convendría que todos nos hiciésemos solidarios de la carta que don Julio Puyol dirige a D. Antonio Maura, actual Presidente de la Academia. En ella no le pide gollerías. Tan sólo que el supuesto retrato de Cervantes sea reconocido y estudiado debidamente, por interés y decoro de la misma corporación y de España.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.